

<https://doi.org/10.29393/CFNE5-4FMPO10004>

FILOSOFÍA MEDIEVAL: ELEMENTOS GENERALES

Patricio Oyaneder Jara

La división de la historia occidental en diversos períodos tiene algo de arbitrario en cuanto a las fechas que se mencionan como inicio o término de los mismos, aun cuando tiene el sentido práctico de evocar lapsos en los cuales existen ciertos elementos más o menos comunes a partir de los cuales se entendía al hombre y a la realidad. Es el caso de la expresión “medievo” cuyos márgenes de comienzo y fin podemos situar en los siglos quinto y decimoquinto respectivamente.

La expresión “Edad Media” es originaria del Renacimiento y no estuvo exenta de un cierto matiz peyorativo, como designando simplemente un período intermedio, sin mayor importancia, entre épocas de real brillo. Desvirtuada ciertamente esa intención por la posteridad, ha quedado, no obstante, como apelativo que señala diez siglos de la cultura occidental, entre la Antigüedad y la Época Moderna.

En la historia de la filosofía, lo que caracteriza este período es el advenimiento del cristianismo como elemento componente del pensamiento occidental. En verdad, hay por entonces aportes que tienen la impronta de otras religiones a dicho pensamiento: algo del judaísmo como tal y, con mayor importancia, pensadores del ámbito musulmán, pero el núcleo en torno al que se articula la evolución filosófica durante el medievo lo constituye el cristianismo. Esto señala uno de los aspectos característicos de la época, puesto que el cristianismo, en tanto religión, no es filosofía: no busca aquél **demostrar** sus proposiciones, sino se limita a **mostrarlas** y a pedir creer en ellas. Se alude a una Revelación que demanda fe en lo revelado. El respaldo a lo propuesto está en los milagros y no en la argumentación. ¿Cómo es que esto termina formando parte de la tradición filosófica?

En primer lugar, la filosofía mostraba, en la época en que comienza la prédica cristiana, cierta pérdida de vitalidad tal vez, exhibida en la carencia de propuestas entusiastas para los hombres que comenzaban a vivir tiempos de desorientación. En la segunda mitad del siglo primero después de Cristo, tiene importancia en el ámbito romano el estoicismo, de manera principal, y conviven con él tendencias eclécticas –que mezclaban elementos de Platón, Aristóteles y otros-, tendencias neopitagóricas y del llamado platonismo medio, que distaban ya de la nitidez de la posición de sus fundadores. Además, como grupo aparte, estaban los epicúreos.

Por otro lado, el cristianismo de los primeros siglos no era una doctrina, sino varias que reclamaban aquél nombre. En el siglo segundo se establece lo que se aceptará como Evangelios auténticos (los “canónicos”) cuando se eligen cuatro de entre la multitud existente pasando los excluidos a ser considerados apócrifos. Después, en el siglo cuarto se resolverían –en lo oficial, al menos, porque de hecho las diferencias continuarían- las controversias teológicas entre los grandes sectores del cristianismo, en el Concilio de Nicea (325): allí, con el apoyo de Constantino vencen los que entonces pasan a llamarse “católicos” a los arrianos, quienes sostenían que la persona de Cristo era de un rango distinto de la de Dios Padre. Ese mismo concepto, el de “persona” y otros, como “esencia”, “substancia”, etc., tomados de la filosofía, pasaron a ser parte fundamental de la discusión teológica: la proximidad entre cristianismo y filosofía comenzaba a producirse. Asimismo, varios de los pensadores cristianos de esos siglos (San Justino, Clemente de Alejandría, San Agustín, etc.) habían buscado certezas en la filosofía antes de convertirse al cristianismo, y no despreciaron tal bagaje anterior, aunque lo juzgaban insuficiente. Sería a través de ellos, sin embargo, que se realizaría, preferentemente, el maridaje entre las doctrinas filosóficas y el dogma cristiano, cuando aspectos de las primeras fueron usadas para intentar decantar problemas teórico-religiosos como los de la Providencia

divina, el libre albedrío, etc. Por cierto hubo otros (Tertuliano, San Teófilo, y algunos más) que oponían, lisa y llanamente, la religión cristiana a la filosofía.

Como sea, parte del saber vigente se incorporó al discurso cristiano. Conviene anotar, además, que dicho discurso tuvo que ocuparse también de asuntos terrenos, en momentos en que la organización de la Iglesia tuvo que suplir el desmoronamiento de la estructura administrativa del Imperio: es así como en el siglo sexto vemos a San Gregorio Magno hacerse cargo, en la práctica, del gobierno de buena parte de Italia después de que la momentánea reunificación del Imperio lograda por Justiniano fracasara por nuevas oleadas de invasiones.

Serían instituciones cristianas también las que tendrían un papel principal en la conservación del soporte material (entiéndase: libros manuscritos) de la cultura antigua. En efecto, con la constitución de grupos de monjes –esto es, individuos que se retiraban del mundo para vivir mejor su fe y el cultivo de su salvación- se estableció, a poco andar, la necesidad de la alfabetización de aquéllos. Ya San Pacomio, quien vivió entre los siglos tercero y cuarto, dispuso que todos los que ingresaban a la comunidad debían aprender algunos salmos y epístolas, y si no sabía el novicio leer, debía enseñársele por parte de quien fuese letrado. Ahora bien, el aprendizaje de las letras contemplaba, según el uso de la época, la memorización y copia de pasajes de literatura; de este modo, copiando textos de autores paganos, éstos mismos se conservaron. Y aunque en los convulsionados tiempos de comienzos del medioevo muchos monasterios fueron saqueados, los monjes que se formaron en Irlanda luego de la prédica cristiana de San Patricio estuvieron mucho tiempo a salvo en su isla de los vaivenes del continente, y luego volvieron a éste para formar nuevos monasterios llevando con ellos aquellos instrumentos del aprendizaje. Carlomagno recurriría a los irlandeses cuando apreció que necesitaba

administradores letrados para su renacido Imperio Romano de Occidente, en el siglo noveno. Además, en los centros de formación carolingios comienza a formarse un estilo de estudio y de cultivo del saber que daría lugar a lo que se conoce como escolástica: el estudio de las Escrituras con el apoyo de diversas disciplinas –gramática, lógica, filosofía-, lo que reforzaría el cultivo de las mismas.

El desarrollo de la filosofía, entretanto, centrado en temas fundamentalmente teológicos en un comienzo, fue no obstante tocando otros, aunque sin perder la perspectiva principal. Hubo un cultivo de la lógica, un desarrollo de la ética, de la metafísica, e incluso del pensamiento político. Hubo también posiciones diversas dentro de márgenes comunes: dialécticos, místicos, teólogos, entregaron su propia visión del hombre y de la realidad. Paulatinamente, sutilezas dialécticas dieron lugar a disputas que tendrían repercusiones hasta siglos después, como es el caso de la discusión sobre los (conceptos) universales: ¿tienen los universales alguna realidad concreta; son algún tipo de cosas, o son sólo palabras?

Con el tiempo, también, se recuperaría buena parte del saber de los antiguos, esta vez por vía de traducciones que los árabes habían hecho de obras de autores griegos, conservadas en escuelas orientales mientras desaparecían de occidente a fines de la Antigüedad. En el ámbito islámico habían sido trabajadas obras no sólo de filósofos, sino también de fisiólogos, geógrafos, físicos, etc. De modo destacado a partir del siglo doce se comienza a tomar conocimiento de obras de Aristóteles, de Galeno, de Hipócrates, etc., y comentarios de autores árabes al respecto; el conjunto de obras así recuperadas iría en aumento (en filosofía, volvería Platón a ser conocido, curiosamente, después de Aristóteles).

No era un asunto de interés arqueológico lo que sucedía. Lo que se recuperaba era, para la época, conocimiento vivo. Llegaba a occidente **ciencia**, es decir una explicación racional de la realidad, más allá de las

versiones que sobre ésta se podían tener apoyadas en el saber que de ella se obtenía indirectamente de las Escrituras. ¿Decía algo sobre la realidad natural la Biblia, aparte de que aquélla había sido creada por Dios? Sí, si se buscaba con atención. Pero ahora eran respuestas de otro tipo, con pruebas de sugerente atractivo las que empezaban a ser conocidas. Por cierto, se buscó conciliar el saber de los antiguos con la verdad revelada, para robustecer esta última, pero el espectáculo de la nueva visión que llegaba de la Antigüedad completaba zonas hasta entonces difusas.

Coincidió con el auge de esta recuperación de la obra de los antiguos –auge que se sitúa en el siglo trece- la fundación de las Universidades, que se puede datar en el mil doscientos, fecha del inicio de la Universidad de París. Nacen al alero de la Iglesia, que necesita su clerecía bien formada: no basta saber leer –a veces a duras penas- los Evangelios; hay que poder explicarlos a los feligreses en la correcta perspectiva de Roma, necesidad urgente en la medida en que ciertas herejías habían tomado auge –tal, la albigense, por ejemplo- en esos tiempos. Para formar clérigos se crearon las Universidades, y de allí que la teología fue en ellas el saber rector, pero otros saberes fueron necesarios para colaborar en su pleno desarrollo. A partir de entonces, la posibilidad de desarrollo de ciertas disciplinas se hacía posible. San Alberto Magno, hombre de saber universal, interesado tanto en la salvación como en las cosas de esta vida, fue profesor universitario; su discípulo, Santo Tomás de Aquino, una de las mentes más poderosas de la historia de la filosofía, también lo fue; Rogerio Bacon, precursor de tiempos futuros y exhortador al saber empírico, igualmente cumplió tal labor docente. Eran los tiempos finales del medioevo, en los que ya se incubaba, por la admiración provocada por el reciente conocimiento de los antiguos, la semilla del Renacimiento.